

NOTICIA BIOGRAFICA

DE LA

EXCMA. SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ AVELLANEDA

DE SABATER.

HAY UNA ÉPOCA en nuestra vida, en la cual leemos con avidez, con placer vivísimo, con emoción profunda las producciones del talento humano, y las creaciones de la imaginación, sin que reparemos siquiera en el nombre del autor del libro que cae en nuestras manos. De tal manera se confunde entonces la verdad de la narración y de los sentimientos con la realidad de la vida, que nos parece que los héroes cuyas glorias nos exaltan, ó cuyos infortunios nos hacen llorar, nos han legado ellos mismos aquellas páginas, nos han contado ellos mismos sus historias. Así hemos leído en nuestra infancia á Pablo y Virginia, el Quijote, las cartas de Eloisa y Abelardo, el Robinson Crousoe; y pasan despues muchos años, antes que nos ocupemos de quiénes fueron Cervantes y Pope, De Foe y Bernardino Saint-Pierre. Hubo así tambien una edad en la historia de las letras, en que de tal manera se identificó la existencia de los poetas con los asuntos de sus cantos, que el mundo no conoció otra cosa de su vida, que las creaciones de su génio. Parecidos en esto á Dios, que nos es desconocido en su esencia misteriosa, y á quien solo comprendemos en las obras de su omnipotencia, los antiguos pueblos conservaron con adoración piadosa los libros de Homero, los poemas de Hesiodo, las odas de Pindaro y Tirteo, los versos de Sa-

fo y Anacreonte, sin dejarnos casi noticia alguna de aquellos sucesos y pormenores, en que sus deidades literarias se parecían á lo demás mortales. Cúpoles la misma, ó muy parecida suerte á los escritores del siglo de Augusto; y no fueron mucho menos respetuosos nuestros padres respecto á los grandes géneos y semidivinas celebridades de aquella literatura que empieza en Dante, casi desconocido, para concluir en las vidas poco menos que fabulosas de Cervantes y de Quevedo. La Laura de Petrarca es un misterio: la Eleonora de Herrera un emblema: de Camoens apenas se sabe la muerte: la vida de Shakespare es un cuento: las de Moreto y de Tirso, misterios impenetrables: de Moliere no se conocia hasta hace poco, ni el padre, ni la muger, ni su verdadero apellido siquiera: y acerca de Lope y Calderon, seguros estamos de que el mas erudito biógrafo no podrá escribir con verdad tantas lineas, cuantas componen los títulos de sus obras. La edad presente ha llamado á esta ignorancia ingratitude y olvido: si nuestros padres se levantáran, puede ser que dijeran que era una apoteosis lo que ellos hacian: que es una profanacion lo que estamos haciendo nosotros.

Los tiempos modernos no consienten esta ignorancia: no quieren que haya nubes, aunque sean de incienso, en torno de los sepulcros. Es menester desenterrar los cráneos donde se aposentaron las inteligencias de Newton, y de Leibnitz, para medirlos por la trigonometria: es menester exhumar los huesos del Taso, de Quevedo, de Milton, de Calderon para hacer su análisis química. La vida que revelan las obras del ingenio ó de la ciencia, no basta: son esos los ricos paños de un ropaje rozagante que envuelve con demasiada magestad á las figuras que le llevan, y el público de nuestros dias quiere ver á sus héroes sin pedestal y sin velos, como hacen los mercaderes de esclavas con su mercancía en los bazares del Oriente.

No nos toca analizar el origen, ni profundizar la indole de esta curiosidad: es un gusto, un instinto, una necesidad de la época. Tenemos que someternos á ella. Pero al esponer la biografía de la eminente escritora cuyas obras damos hoy á luz, hemos querido manifestar cómo consideráramos nuestra obligacion, de qué manera comprendiamos nuestra taréa y nuestro empeño. La verdadera, la interesante historia de una existencia literaria, son sus obras: en la ocasion presente, la presentamos por completo. El poeta eminente que se llama la Señora de Avellaneda, tiene por patria á su siglo, aunque el lugar de su cuna haya sido la zona ardiente de las Antillas: fueron sus padres Herrera y Rioja, Quintana y Heredia, Calderon, Corneille y Racine, Byron y Chateaubriand, Schiller, y Walter Scot. Los destellos de su infancia precoz, allá en una region donde el sol abrasa desde la aurora, fueron traducciones de Corneille y de Voltaire, que representaba despues; un drama de *Hernán Cortés*, y otras producciones perdidas todas en el olvido de sus infantiles aspiraciones: su ardiente juventud dilatose bajo el cielo de España con sus versos *al mar, á él, á la poesia*, con *amor y orgullo*, y con su novela *Sab*: su pujante y robusta virilidad se señala con *Alfonso Munio*, con *Saúl*, con su oda *á la Cruz*: su decadencia y su muerte..... esas no han aparecido todavia: esas no se presentan nunca en la vida de aquellos talentos que desaparecen en el cielo, como Eliás en su carro: la decadencia y la muerte pertenecen á la vida física y mortal; y la piadosa severidad de la critica arranca siempre de las flores queridas de su Edén literario, aquellas lácias y

amarillentas hojas que nacen al fin del otoño para anunciar la hora de retirar la maceta espléndida al invernáculo de la gloria. La señora de Avellaneda conserva todo su esmalte, todo su perfume. Séale aun por largos dias la luz brillante, y el aire blando, y el cielo amigo; y no veamos nosotros el tiempo, en que debamos encomendarla á la levedad de la tierra.

Sobre ese pedestal que ella misma levanta, descuella su estatua animada y magestuosa. Esa es la que contemplarán con amor y admiracion, los que lean sus versos, los que tengan corazon y simpatía para las vibraciones de la lira privilegiadamente sonora, y arrebatadamente armoniosa, que pulsa en toda la estension de sus inmensas facultades. Para ellos cada oda será un acontecimiento; cada página una aventura; cada drama una sorprendente peripecia; cada nuevo pensamiento, cada combinacion métrica inventada, una aparicion bienhadada y con estrepitosos aplausos acojida. Para el público menos entusiasta y mas analítico, para los que quieren penetrar, á través de los rayos luminosos de la poesia, en la existencia opaca y positiva que le es comun con todas las otras humanas criaturas; para los que tienen gusto en saber cuántos pies de estatura mide el arquitecto que levantó esa pirámide, poco será nuestro trabajo. En derredor de ese zócalo, trazaremos una inscripcion modesta y sucinta, sencilla y breve, como es breve, y simple, y monotona, y hasta con frecuencia vulgar, la vida exterior de aquellos seres que obran en el mundo por la accion del espíritu, por el influjo del pensamiento; cuya presencia se manifiesta por el alcance de la voz, por la resonancia del canto.....

La Señora Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda vió la luz primera en la ciudad de Puerto-Príncipe, en la isla de Cuba, el año de 1816. Fueron sus padres el Comandante de marina de aquel puerto, capitán de navio D. Manuel Gomez de Avellaneda, natural de Constantina, en la provincia de Sevilla, y Doña Francisca de Arteaga, hija del país, aunque de familia española. Su educacion en una ciudad entonces harto atrasada, sin escuela y sin teatro, fué solamente, despues de la que sus padres le dieron, la que su inteligencia y su infantil afición á la poesia se procuró á sí misma. Desde los primeros años hizo versos: desde su precoz adolescencia compuso dramas. Como todos los poetas, en su infancia sufrió la contradicción paterna hácia una afición que la prudencia del mundo suele confundir con los vicios, ó con las malas inclinaciones; y como acontece tambien á todos los poetas, esta contrariedad avivó en ella el amor al arte que habia de ser su destino.

Murió su padre dejándola muy niña, y casada su madre en segundas nupcias con el coronel español Escalada, viniéronse á Europa en 1836 trayéndose consigo á Gertrudis, que arribó con su familia á Francia, y vivió en Burdeos algunos meses: fueron despues á residir en la Coruña, patria de su padre político, y tanto en el clima del mediodia de Francia, como en el del Norte de la Peninsula, la hija de los trópicos, que habia deseado con incesante afan trasladarse á Europa, huvo de sentir vivisimamente la nostalgia producida por la pérdida del esplendoroso sol, y la lejanía de la ardiente zona donde sus primeros años habian crecido entre palmeras y piñas. Sin em-

bargo, la distraccion de estos melancólicos recuerdos, era la misma que habia sido la de sus impacientes deseos. En una y otra situacion escribia versos, que poco importa, para avivar la pira donde hay combustibles, que el viento sople del aterido aquilon, ó del ardiente mediodia.

Al cabo de dos años quiso visitar la casa solariega de su padre, y embarcándose para Andalucía con su hermano, residió alternativamente en Cádiz, en Sevilla, y en Constantina, hasta 1840 en que vino á Madrid precedida de la fama que le habia dado la publicacion de algunas poesias líricas, firmadas con el conocido seudónimo de la *Pergrina*. Era entonces la época de la vida y del movimiento literario, que habia despertado en nuestra patria, á impulsos y con el calor de la agitacion política, para debilitarse y casi extinguirse (muy al revés de lo que algunos creian) cuando esta disminuyera. La sociedad madrileña vivia de guerra, de política, y de poesia: figuraba poco todavia la banca y la bolsa, y el baile escénico no era conocido aun. El parte de una batalla en Navarra, una oda de Zorrilla ó de Espronceda, un drama de Garcia Gutierrez ó de Hartzembusch, ó la noticia de un pronunciamiento, una discusion borrascosa en el Congreso, ó una sesion del Liceo, conmovian y preocupaban igualmente al público de la capital en aquellos años de actividad juvenil, de ardor desinteresado, de entusiasmo generoso que se habia comunicado á todas las provincias. La señorita de Avellaneda llegó á Madrid cuando ya este periodo declinaba; pero aún vino á tiempo de atizar con vivas llamaradas el fuego encendido en el ara de las musas. Presentóse en el Parnaso madrileño con las guirnaldas que habian ya enlazado á sus sienas los liceos de Sevilla, de Málaga, de Granada; con el estímulo lisonjero de las justas alabanzas que le habian tributado los periódicos literarios, y los escritores distinguidos, señalándose entre éstos el eminente critico, el preceptor ilustre, el poeta insigne, última y apagada antorcha de la escuela sevillana, D. Alberto Lista. La aparicion de la Señorita Avellaneda en el círculo literario de la capital le señaló desde luego el verdadero lugar que la correspondia. A pesar de las prevenciones que reinan en la sociedad contra las mugeres escritoras; *Tula*, que es el nombre familiar que la dan sus amigos, dominó todos los recelos, y acalló todas las antipatias, con la superioridad reconocida de un inmenso talento, con el poder de una inspiracion vigorosa y viril, con el clasicismo, buen gusto y elegancia de una forma siempre pura y correcta, de un lenguaje cuyo fácil manejo y singular maestria contrastaba ciertamente en una muger con los descuidos ó extravios que se permitian, ó de que no sabian prescindir muchos hombres. Habíase esperado encontrar en ella una distinguida poetisa: no era eso nuestra escritora: fué colocada desde luego en el primer rango de nuestros mejores poetas. Uno de los mas célebres y justamente populares ingenios, dijo de ella, al oír una de sus composiciones.—«*Es mucho hombre esta muger.*»—Y aunque las no comunes gracias y atractivos personales, que tan privilegiadamente adornan á la ilustre cubana, hiciesen brotar en derredor suyo sentimientos é impresiones harto distintos de los que revela el dicho agudo del poeta cómico, la verdad es que en el círculo de la literatura se olvidó su sexo, hasta para realzar la admiracion y el mérito. Los escritores mas distinguidos de la capital, sin distincion de edades ni de escuelas, la rodearon desde entonces con homenajes de amistad y de entusiasmo, que se

tributaban esclusivamente al talento, á la inspiracion, al genio. El Sr. Duque de Frias, D. Juan Nicasio Gallego, D. Manuel Quintana, Espronceda, Zorrilla, Garcia Tassara, Roca de Togores, Pastor Diaz, Breton, Hartzembusch, y otros muchos literatos de mayor ó menor nombradia, han sido desde entonces, ó sus consecuentes amigos, ó sus apasionados admiradores. De algunos recibió consejos; de muchos estímulo y aliento: de todos aquella comunicacion de pensamientos, de ideas, de impresiones, que necesita el talento para vivir y desarrollarse, como las flores y las plantas necesitan la luz y el aire para crecer y matizarse: de ninguno, cooperacion ni guia; de ninguno, alabanzas que no fueran sinceras. El talento y el gusto de la señorita de Avellaneda eran demasiado originales y espontáneos para sufrir direccion y auxilio: su superioridad demasiado grande para que rehusára como una ofensa la censura, para que no agradeciera la critica, para que admitiera lisonjas y adulaciones.

Del año 1841 á 1843, dió al público un volúmen de poesias líricas, su novela *Sab*, que habia escrito recién-llegada de América, y otra novela intitulada *dos mugeres*: poco despues escribió el *Espatolino* y la *Baronesa de Youx*. No bastaba empero á su actividad literaria ni la fecundidad de su pluma, ni la publicidad de la prensa. Desde sus mas tiernos años habia aspirado á tender sus alas por una region mas alta, la mas alta de la poesia antigua, la mas encumbrada tambien en la literatura moderna. Cuando niña, habia compuesto dramas para representarlos con sus amigas en una poblacion donde no habia teatro. En Europa, en España, tuvo la ambicion de escribir una tragedia para un público, para una escena, para una época en que la tragedia clásica estaba completamente caída. La señorita de Avellaneda la levantó; la representacion de su *Alfonso Munio* no fué solamente la glorificacion de su autora: fué un triunfo mayor para el arte. Aquella noche de entusiasmo y de ovacion, en que llovieron guirnaldas á sus pies, y hubo serenatas á sus puertas, no fué un acontecimiento particular de su vida: fué un gran suceso para el teatro. Aquellas coronas caian sobre la frente de la Melpómene castellana.

Dió despues todavia á la escena el *Principe de Viana*, y escribió para beneficio de Doña Bárbara La-Madrid un drama titulado *Egilonia*, producciones ambas que hubieran entusiasmado vivamente al público, si no se hubieran encontrado con el rival mas temible que puede tener un autor literario. Este rival es el autor mismo, cuando ha escrito obras mejores, ó en circunstancias mas favorables: aquel rival que encontró el autor del *Page* en el autor del *Trovador*: aquel rival que tiene el autor de Doña *Mencia* en el de los *Amantes de Teruel*: aquel rival que tuvo el autor de *Británico* en el autor de *Fedra*: aquel rival que eclipsó al novelista de *Persiles y Sigismunda* con el nombre de *Cide Hamete Benengeli*, aquel rival poderoso que habia encontrado ya el viejo narrador de la *Odisea*, en el poema del cantor de Aquiles.

Pasaba esto á mediados del año 44, y la musa fecunda de nuestra escritora enmudeció largos meses en un silencio, que hubiera podido calificarse de pereza, si tantos trabajos concluidos en menos de tres años no fueran justo título para llamarla reposo. Pero en 1845 el Liceo de Madrid abrió un certámen poético, proponiendo un premio y un accesit á las dos odas mejores que se escribieran celebrando la clemencia de S. M. la Reina, que habia indultado de la pena capital

á un desgraciado reo político. El filantrópico civismo del Sr. D. Vicente Bertran de Lis habia consagrado á este acto la suma necesaria para los premios, como piadoso sufragio, como ofrenda votiva á la memoria de una víctima ilustre y allegada, que no habia encontrado un dia en el camino del suplicio la mano salvadora de una Isabel. Espirado el plazo, y juzgadas las piezas presentadas, el jurado respetable de aquel certámen adjudicó los premios á dos bellisimas composiciones. Abiertos los pliegos, vióse que el accesit correspondia á una que firmaba la señorita de Avellaneda; pero la premiada en primer lugar llevaba el nombre de D. Felipe Escalada, desconocido enteramente de la sociedad literaria. Los jueces y el público justamente estrañados de esta circunstancia, inquirieron con avidez quien era aquel ignorado paladin que con tan reluciente armadura se presentaba en el campo de las letras. Pero el nuevo campeón, alzando su visera, apareció no ser otro que la misma Señorita de Avellaneda que habia ganado el accesit, y que habia puesto á su segunda composicion el nombre de un hermano suyo de parte de madre, jóven oficial de ingenieros. Grande fué el clamoreo de admiracion y asombro con que se acogió la noticia de este doble triunfo, del cual no ofrecian ejemplos los fastos de los certámenes literarios: grande fué tambien la solemnidad y pompa con que el Liceo celebró el alto merecimiento de su privilegiada poetisa. Una inmensa concurrencia se reunió en aquellos salones, todavia espléndidos y animados entonces, para admirar en la dulce cantora de la clemencia real, el terrible y severo poeta de Alfonso Munio: el Liceo ademas de los premios señalados, le presentó una corona de laurel de oro, que, en ausencia de S. M. la Reina, colocó sobre sus sienas S. A. el Señor Infante D. Francisco.... La corona triunfal del Taso habia adornado solamente un atahud: el áureo laurel de nuestra escritora fué su guirnalda nupcial, guirnalda empero que estaba fatalmente destinada á colgarse en el mármol de un sepulcro.

Hasta aquella época, todos los sucesos de la vida de la Señorita de Avellaneda habian sido literarios. A principios del año 46 hubo en su existencia doméstica un gran acontecimiento. Tocada del tierno interés, y de la pasion profunda que le habia consagrado D. Pedro Sabater, jóven de distinguido talento, diputado á Cortes, y jefe político de Madrid en aquella época, se resolvió á darle su mano. Fué de parte de nuestra escritora, mas bien que la recompensa de un tierno amor, una compasion delicada, un consuelo con que quiso endulzar los últimos dias de la existencia de su buen amigo. No se le ocultaba la situacion en que se hallaba su esposo. Atacado Sabater en medio de las apariencias de la salud mas robusta, por una laringitis peligrosa y tenaz, que habia resistido á todos los esfuerzos del arte, harto presentia nuestra escritora que el tálamo que se la ofrecia, era el nicho de un cementerio, y que en el drama del matrimonio no le tocaba hacer otro papel que el de enfermera ¡No se engañó! La mujer poeta, la escritora descuidada de los intereses de la vida, la hija ardiente de los trópicos, el caracter varonil poco hecho á los pormenores y cuidados de la existencia doméstica, hizo lugar á la ternura mas femenina, al desempeño asiduo de las mas caseras obligaciones, á una solicitud minuciosa, en la que los sentimientos de la buena esposa se daban la mano con el religioso celo de la hermana de la caridad. No se acostó nunca en las largas noches que pasó velando al lado del lecho de aquel enfermo querido; no consintió que criado alguno le sir-

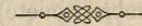
viese: le acompañó casi moribundo en un viaje que hizo á Paris para consultar á los médicos célebres de aquella capital: presenció con esforzada y dolorosa resignacion la operacion tremenda de la traqueotomia que le hizo Mr. Trousseau, y á los pocos dias, en el mes de agosto del año mismo en que se habia casado, al llegar á Burdeos de vuelta para España, recibió el último suspiro de su esposo, encontrándose desamparada, sola, y en tierra estraña, con un cadáver en sus brazos. Entonces vino en su auxilio el ángel consolador de la vida triste: entonces fortificó sus desfallecidos miembros aquella agua de vida, que á veces en los corazones duros ó fuertes no brota, hasta que los huende el golpe de la desgracia, como la vara de Moises á la peña del desierto. Para las ligeras penas de su juventud habia tenido refugio y consuelo en el entusiasmo literario: en su viudez y desamparo descendió sobre ella el espíritu religioso, y se encerró por algunos meses en el convento de Loreto de Burdeos, dando en aquel piadoso retiro libre carrera a su dolor, y dilatado vuelo á su exaltacion religiosa. Regresó á Madrid en fin de aquel año; pero tardó mucho en volver á parecer en el mundo; y aun podemos decir con verdad que, si bien en sus producciones posteriores no ha perdido ni flaqueado en nada el vigor y lozania de su talento, sin embargo, su poesia parece desde entonces un tanto velada con aquella sombra solemne que dan los cipreses mortuorios; un tanto contenida en aquella magestad severa que impone la proximidad de una tumba.

Desde esta época, cuyo término se señala con la publicacion del *Guatimozin*, las producciones de nuestra autora apenas son conocidas del público. Sus padecimientos de nervios y un ataque tenaz a los ojos, sus pesares domésticos, y aquel disgusto del mundo que á cierta edad se apodera con tanta amargura de las personas entusiastas y poéticas, que ven disipadas sus ilusiones ante la realidad inexorable de la vida, y que sin embargo no se avienen, no caben en esta realidad, han paralizado algun tanto la carrera de sus trabajos, si atendemos á las fuerzas y medios de que podia utilizarse una actividad menos desalentada. Sin embargo, todavia los periódicos publicaron hace un año una novela suya titulada *la velada del Helecho*, ó *el donativo del Diablo*: todavia leyó en las últimas sesiones del Liceo su magnifico canto *á la Cruz*: todavia la empresa de la publicidad conserva inédito un *devocionario* en que la autora desahogó el fervor de su exaltacion religiosa durante el periodo de sus desgracias y tristezas: todavia presentó el año anterior á la junta del Teatro español un drama titulado *Recaredo*: todavia se ocupa en concluir dos novelas, la una con el titulo de *Dolores*, la otra con el de *la Ondina del lago azul ó los merodeadores del siglo XV*: todavia, en fin, se representó hace pocos meses su admirable tragedia bíblica *Saul*, la cual, si es verdad que por no caber materialmente en las dimensiones y medios de nuestro primer coliseo dramático, ni acomodarse bastante bien al carácter y facultades de los actores, no apareció en la escena como la habia concebido y creado la imaginacion y el genio de su autora; esperamos que un dia mas propicio á la fortuna de nuestro teatro, ocupará en el repertorio trágico el mismo levantado, único y sublime puesto que tiene ya hoy literariamente entre las obras maestras de un género tan árduo, tan difícil, tan eminente, dado á muchos menos talentos crear, que á espíritus elevados y á sociedades varoniles y generosas sentir y comprender.—Este ha sido el periodo que la autora misma ha llamado el tiempo de su pe-

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTE VOLUMEN.



PÁGINAS.

A S. M. la Reina. (Dedicatoria).	I
Prefacio de la Autora.	I
Prólogo escrito por Don Juan Nicasio Gallego.	VI
Noticia biográfica de la Autora.. . . .	XIII
Al Partir (Soneto).	3
A la Poesia.	4
Imitacion de Petrarca (Soneto)..	8
A mi Gilguero.	9
A una violeta.	16
La Serenata..	18
A las Estrellas (Soneto).	23
A una Mariposa.	24
Al Mar.	26
El Cazador.	29
Napoleon (Traduccion de Lamartine).	54
La Fuente (Idem. id.).	45
Paseo por el Bétis..	50
A la Esperanza..	55
El Alcázar de Sevilla.	60
Los Duendes (Imitacion de Victor-Hugo).	64
El Insomnio.	69
A Francia , sobre la traslacion de los restos mortales de Napoleon.	72
A un Niño dormido.	74
Al monumento del Dos de Mayo (Soneto).	77
A El.	78

A la muerte del célebre poeta cubano D. José María de Heredia.	82
El Poeta (traducción de Victor Hugo)	85
A mi amigo D. Nicomedes Pastor Díaz.	89
Al sol en un día de diciembre (soneto).	92
A mi madre en el primer día del año.	95
Polonia.	97
La Primavera	99
A Washington (soneto)	101
La Juventud.	102
A la Felicidad	105
Contemplación	111
La Tumba y la Rosa (traducción libre de Victor Hugo)	115
A la Luna	116
Deseo de Venganza (soneto).	119
El Gémino: á mi respetable amigo D. Juan Nicasio Gallardo.	120
Amor y Orgullo.	125
A un Ruiseñor	129
A la Virgen, Plegaria.	152
Cuartetos escritos en un cementerio.	156
Mi mal (soneto).	158

POESIAS INÉDITAS.

Amor y el Hombre	141
A la Virgen.	150
A la muerte del joven y distinguido poeta D. José de Espronceda.	155
La Esperanza tenaz	158
El Beduino	160
Soneto imitando una oda de Safo.	165
La Venganza.	164
A una Acacia.	167
Ley es amar: (imitación de Parny.)	175
Despedida á la señora D.ª D. G. C. de V.	176

El Por qué de la inconstancia.	182
Cancion imitando otra de Victor Hugo.	185
El día final.	186
El recuerdo importuno (soneto).	189
A la Luna (imitación de Byron).	190
A S. M. la Reina Doña Isabel II. con motivo de la declaracion de su mayoría.	191
Epitáfio para grabarse en la tumba de un escéptico.	197
A la augusta Reina Madre D.ª Maria Cristina de Borbon en su vuelta á España.	198
El Favonio y la Rosa.	200
Al Destino	202
La Noche de Insomnio y el Alba.	205
Adios á la lira (imitación de Lamartine).	207
Oda en loor de la magnánima piedad de S. M. la Reina Doña Isabel II.	211
La clemencia (Oda).	217
Al Escorial.	221
Al duque de Frias, desde el Real Sitio de San Ildefonso. (soneto contestando á otro)	227
A S. M. la Reina Doña Isabel II en sus dias.	228
A.....	255
El gémino de la melancolía (fantasía)	235
Conserva tu risa, (imitación de Byron,).	258
Versos que acompañaron á los anteriores cuando fueron enviados á la persona á quien están dedicados.	240
Significado de la palabra «Yo amé».. . . .	242
Romance, contestando á otro de una señorita.	245
Cuartetos al señor don Pedro Sabater, (contestación.)	246
Cántico profético de David.	250
El Viagero Americano.	252
A Dios, cántico de gratitud.	254
La pesca en el Mar.	256
En el álbum de una señorita.	259
Elegía I despues de la muerte de mi marido.	260
Elegía II.	262

PÁGINAS.

San Pedro libertado por un ángel.	265
La aurora del 8 de setiembre.	272
En el albúm de una señorita Cubana.	274
Salmo L, traducido libremente.	278
Cántico sacado de varios salmos.	280
La Cruz.	284
Los Reales Sitios.	289
El desposorio en sueño.	291
Sátira: á un amigo, encargado por la direccion de un periódico de la crítica de una comedia.	298
A mi amigo Zorrilla.	300
Las almas hermanas, (contestacion al mismo.)	304
A la poetisa habanera señora doña Luisa de Franchi- Alfaro, (contestacion.)	306
El último acento de mi arpa.	309



POESIAS

DE LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ AVELLANEDA DE SABATER.

